

AÑO I. *Domingo 13 de Diciembre de 1857.* NÚM. 39.

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la librería de Grases, plaza de la Constitución núm. 12; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

El día de Almanzor.

LEYENDA HISTÓRICO-TRADICIONAL ESPAÑOLA.

III.

El dedo de Dios.

(Continuacion.)

La mañana del 6 de julio habia aparecido serena, y el sol, ya bastante elevado en el horizonte, dejaba caer sobre la tierra sus rayos, anunciando un día de estío sofocante y pesado.

El aspecto regular y ordenado que presentaba la noche anterior el campamento de Almanzor habia cambiado completamente, y junto á los muros de la ciudad condal quedaba el rastro sangriento del empeñado asalto que se habia dado al amanecer. El foso cegado á trozos, torres y bastiones derrumbados á la doble fuerza de las máquinas y del incendio, miles de cadáveres amontonados entre los escombros, y elevándose hasta las nubes el humo que salia de algunos edificios cercanos á la fortificación y que estaban ardiendo: tal era el triste y desconsolador cuadro que se ofrecia á los ojos de la muchedumbre mora que llenaba la muralla. Las calles se veian invadidas por el ejército de Almanzor, y aunque se defendian los catalanes como bravos leones, acorralados ya iban en re-

tirada, y en los campanarios de las iglesias se enarbolaba la bandera del califa Hixem II.

El gran habgib podia ya descansar, orgulloso de su nueva victoria. La corte de los heroicos condes estaba en su poder; aquella tarde era la destinada por él para hacer en Barcelona su entrada en triunfo.

Si nos trasladamos al monasterio de las *Puellas*, que si bien estaba situado estramuros se hallaba completamente defendido por las cercanas torres de la ciudad, presenciaremos tambien la confusion mas espantosa. Ya que en tanto que no fueron dueños los moros de aquella parte de fortificación no pudieron cebarse en las inofensivas vírgenes del Señor, ahora que quedaba dominada se dirigieron, animados de deseos famélicos, á aquel retiro.

Entre la turbulenta hueste y dirigiéndoles la voz de mando veíase allá á los caudillos Amet ben Abindaizan y Ubecar ben Almohavar. Ver sus rostros animados por el demonio de la lujuria, oír el estrépito con que se cerraban y caian las puertas, el sordo murmullo de la soldadesca y los ayes de las monjas, y mas allá el silvido de alguna lejana flecha, último esfuerzo de una heroica defensa, era espectáculo que infundia espanto.

El robo y la profanacion congregábanse allá acompañados de todos los tumultuarios escesos. El genio del mal batia sus negras alas sobre las sombrías paredes del monasterio.

Cruzaban fugitivas muchas monjas, afeados horriblemente sus rostros. Cuenta la tradición que al oír á sus puertas al ejército enemigo, para apagar sus impuros deseos se mutilaron las narices y desfiguraron su hermosura, y aun en el día se celebra en la iglesia de san Pedro un aniversario dedicado á ese rasgo de rudo y heroico valor.

Otras menos magnánimas ocultaban temerosas su inocencia y su belleza en algun rincón de una celda.

Amet ben Abindaizan habia visto huir una que era un prodigio de juventud y de belleza, y corriendo la siguió por aquellos corredores. La monja que era la desgraciada Felinda saltó una escalera y atravesó el coro. Amet iba ya á alcanzarla.

—Por aquí, Felinda, le dijo una voz débil que salia de una pieza inmediata al coro. Felinda se precipitó en aquella direccion y encontróse en un reducido aposento en donde se hallaba arrodillado el padre Bernardo.

Entre tanto el terror y la precipitacion con que corria Felinda le habian descompuesto su sagrado traje; los paños del monjil volaban al aire, y quedando en descubierto parte de su seno, dejaban ver completamente el rico relicario, último regalo de su madre.

El anciano confesor se precipitó sobre una pared del aposento. Tocó un resorte y quedó abierta una puertecilla secreta por la que hizo entrar á la monja.

—Salvaos, hija mía, le dijo consternado; y mientras aparecía Amet, la puerta se cerró estrepitosamente al impulso que en su fuga le dió Felinda.

El viejo quedó ante la puerta secreta aguardando con los brazos estendidos que rompiera contra él solo toda la furia del caudillo.

—Matadme, matadme, le dijo con acento suplicante.

Amerben Abindaizan habia aparecido terrible, incontrastable, y se detuvo un instante ante la imponente presencia de aquel anciano. Pero luego le arrojó á un lado, y comenzó ciego, frenético á golpear con todas sus fuerzas la puerta que habia dado entrada á la jóven monja.

Los golpes fueron inútiles; el secreto permanecia oculto; la puerta no cedia. Cuadró-

se entonces Amet frente á frente con el viejo.

—Miserable, le dijo; abre esa puerta; quiero ver á esa monja.

—Matadme, respondia el padre; matadme.

—Llevaba pendiente del cuello un relicario de singular valor. ¿De donde sacó esa joya?

El acento singular y extraño con que fueron pronunciadas estas últimas palabras llamaron la atención del padre Bernardo. Miró al moro y vió en sus ojos una chispa que no era de sensualidad; su fisonomia estaba profundamente afectada.

—¿Qué encontráis de extraño en esta joya? le dije; es un regalo: un regalo que le hizo su madre al morir.

—¿Su madre! exclamó exaltado el moro; ¿como se llamaba su madre?

—¿Conocisteis á doña Dulcia de Anglesola?

—Ella! exclamó Amet precipitándose sobre la puerta secreta; era Felinda; es mi hermana.

—Vuestra hermanal... vos!... vos!... dijo el viejo concentrando su mirada en el rostro del moro para adivinar sobre él la fisonomia de un jóven de veinte años. Guillen, Guillen, abraza á tu padre.

Los brazos del padre Bernardo se asieron fuertemente al cuello de Amet. Este se deslizo de él no comprendiendo aquel lenguaje extraño.

—Soy tu padre. repetia el viejo; soy tu padre. Y volvía á estrecharle contra su seno.

—La pluma basta á pintar las pasiones en su estado de parasismo; renunciemos pues al loco empeño de espresar lo que pasaba en aquel instante en el corazón de aquellos dos personajes.

Solo diremos que uno á otro se acosaron repentinamente con un sin fin de preguntas á los que no bastaba la palabra para contestar. El anciano le aseguró que era el padre de don Guillen de Anglesola trazándole en pocas palabras el resumen de aquella desgraciada historia, y para disipar las dudas que quedaban á Amet le mostró la carta de doña Dulcia que aquella mañana le habia entregado la abadesa Matruy.

D. Guillen de Anglesola, que él era en efecto, cayó entonces entre los brazos de su

padre y regó su semblante con dos gruesas lágrimas.

Comenzó luego una escena en que se disputaban su predominio la curiosidad y la ternura. ¿Por qué designio oculto de la Providencia tenia el padre Bernardo, cerca ya de la tumba, el inefable goce de estrechar á su perdido hijo? ¿Como se le presentaba este ceñida la frente con el turbante y capitaneando una hueste que invocaba á Aláh?

Para contestar á su padre que no podia darse cuenta de aquel inprevisto hallazgo dijo don Guillen:

—Cuando circuló en Barcelona la noticia de mi muerte, aquella noticia fue falsa; no habia recibido en el combate mas que una ligera herida; pero me cupo la suerte de la esclavitud porque caí prisionero del moro.

Al otro dia me condujeron con mis compañeros de desgracia camino de Córdoba. Llegados allá pasamos por la afrenta de recorrer la ciudad atados y formando el séquito del vencedor, y nos depositaron desde luego en las lóbregas mazmorras donde otros desgraciados corrian la misma suerte.

Allí permanecí solo dos dias, porque con otros cinco pasamos al poder de un emir que se habia distinguido mucho en aquella jornada. Al repartir el botin, entre otras riquezas le habiamos sido adjudicados los seis esclavos.

Tampoco pertenezco mucho tiempo al emir, porque sin duda tendria esclavos sobrantes; nos hizo vender pues, y nos espusieron en el mercado de Córdoba.

Pronto vino un moro viejo que me sacó de la plaza; por su traje debia estar al servicio de algun gran señor. Por mil dinares me llevó consigo.

El aspecto de su traje no me habia engañado. Servia á una riquísima joven viuda cuyo rostro tenia tanto de hermoso como de amante su corazon. Era ademas muy noble; de lo mas noble que podia ostentar la corte del Califa.

Al momento nada comprendí. Pude luego conocer sin embargo que Alkinza, (a) de la cual habia pasado á ser esclavo, me trataba

(a) Alkinza; significa el tesoro. Entre los árabes se acostumbraba dar á las mugeres nombres significativos de las gracias ó de las virtudes ó de bellos objetos del arte ó de la naturaleza.

con mucha afabilidad. Si Aláh me dotó de discrecion y audacia, ¿debia despreciar la ocasion de hacer llevadera y hasta dulce mi esclavitud? Poco tardé en saber que á Alkinza la habian interesado mis veinte años. Desde sus miradores me habia visto pasar atado cuando llegamos á Córdoba; mi lustrosa cabellera y mi rico traje cristiano la habian descubierto mi noble cuna; su corazon ardiente hizo lo demas. Mandó al viejo Raul, que era de entre su servidumbre el que mas confianza le merecia, que me siguiera para poder reconocermé y que se enterára de cual debia ser mi suerte. Asi pudo hacerme comprar el dia que me presentaron en el mercado.

No fuí esclavo de Alkinza; fuí su amante, fuí su señor. Me colmó de atenciones y me hizo probar las delicias con que puede regalar una mora enamorada.

En aquel estado nada me faltaba sino satisfacer las afecciones de familia. Digo mal: el amor á mi hermana aun no habia podido desarrollarse porque la habia dejado en la tierna edad de cinco años; mi padre, ó mejor, don Lope de Anglesola nunca me habia tratado con amor; para mi habia guardado siempre la reserva y la frialdad, y si bien en público habia llenado conmigo las atenciones que me debia como á hijo heredero, en el interior de su palacio me miraba con desvio. Nunca hubiera podido imaginar que no me unieran con aquel hombre los sagrados lazos de familia; pero una secreta voz que en mi pecho sentia, ó mi razon que me decia que el amor se compra con amor, serian la causa de que tampoco sintiera por don Lope un afecto profundo. Le habia respetado siempre porque creia deberle respetar, pero nada mas. Ello es que en mi esclavitud, ó mejor, en mis delicias de Córdoba tampoco me atormentaba el deseo de abrazar á don Lope.

Por esto os he dicho que no pensaba en mi familia; pensaba si continuamente en mi madre, la única que siempre me habia prodigado el cariño mas entrañable.

Si al salir de los brazos de Alkinza hubiera podido besar la mano de mi madre, en Córdoba me hubiera creido completamente feliz; pero mi madre me faltaba y deseaba volver á Cataluña.

Lo habia comprendido así mi amante, y

consultando las razones que su pasión le dictaba, multiplicaba sus afectuosos desvelos para conmigo y procuraba inventar todos los medios de tenerme contento; además el temor de perderme, hacia que no me diera completa libertad.

(Se continuará.)

Juan Baulista Ferrer.

GERONA.

Armonías de la feria.

CUADROS ANIMADOS.

(Continuación.) (1)

CUADRO TRANSITORIO, FIGURAS DE BROCHA GORDA.

A la Plaza de las Coles
(Huy! qué nombre, santos cielos!)
de la animación en busca,
me dirijo desde luego.
Qué algazara! qué bullicio!
qué mare magnum! qué infierno!
Quien me empuja con las manos,
creyéndome su jumento,
pues mas andan con aquellas
que con los pies los zopencos;
uno me mancha la ropa
con su vestido grasiento,
otro, por detrás, cargado
con gruesas barras de hierro,
envistiéndome, me deja
un omóplato deshecho;
una vieja se me arrima
con un malhadado cesto,
¡qué siempre á mí estas arpias,
se han de arrimar! ¡mal veneno!
y con uno de sus mimbres
me rasga el pantalón nuevo;
otro me pisa en un callo
descoyuntándome un dedo;
otro diablo que venia
con un fardo de abadejo,
paf!... pasándome por ojo
me hace una torta el sombrero.
Ya estrechado por la gente,
sin tocar los pies al suelo,
en el piélagó carnífero
camino sin rumbo cierto:
ya empujándome, me arrojan
en una tienda de lienzos,
que asustada el ama grita,
maya el gato y ladra el perro.

(1) Véase el número 58.

Muy sobado de sus manos,
que patas llamarlas debo,
muy prensado y estrujado
y desmarrido y maltrecho,
por fin, la pontomanía
que ha entrado al Ayuntamiento,
en buen hora para mí,
me saca de aquel aprieto,
pues me depara en la plaza
una brecha ó agujero
por donde salgo, ¡oh fortuna!
á parar á un puente nuevo.

Sobre el puente,

Cuadro al fresco.

Ya solo y al aire libre,
respiro y formo el proyecto
de ir á la feria de bestias
(no es alusión lector cuerdo)
para ver mulas, caballos,
vacas, toros, . . . Vade retro!
Abandono tal idea,
que no soy afecto á cuernos,
y cediéndola gustoso
á los señores del gremio,
corro al puente de Isabel
y allí. . . *tableau*, grande efecto,
como dicen los vecinos
de allende los Pirineos.
Un río de carne humana
en continuo movimiento
desde el mercado se extiende
del Ter la margen siguiendo
hasta la puerta Denvila,
con remolinos diversos
y corrientes encontradas
que, matizando su centro
multitud de colorines
de trajes de mil labriegos,
parecen las tiernas flores,
que el soplo de aquilon fiero
arrojó á la superficie
y van su curso siguiendo.
Ya asemejan con sus gorros,
parodia de los libertos,
vasto campo de amapolas
agitado por el viento,
ó ya parecen, formando
un símile mas grotesco,
una manada de pavos,
que al río corren sedientos.
Encantadora armonía,
cuadro atractivo y ameno,
lozano, fresco, riente,
digno de pincel flamenco,
precioso flujo y reflujo. . . .
para visto desde lejos.
Mi imaginación cansada
de este inocente recreo,

que como, al fin, hembra y joven
es veleidosa en extremo,
buscando impresiones nuevas
me escurro à paso ligero
hacia la Plaza del Vino,
(¡ qué título mas coqueto !)
doblo la esquina y... ó dicha!
ó amor! ó dulce embeleso!
Esta expansion, disimula
lector amable y benévolo,
mas cuando de ellas se trata,
yo naufrago, pierdo el seso;
enfermedad incurable
de filoginia padezco,
soy frágil, débil, sensible;
es mi flaco lo confieso,
me pesa, Señor, me pesa. . . .
pero lo seré *in æternum*.

(Se continuará.)

Mefistófeles.

ERRATAS NOTABLES

Los cajistas, verdugos del lenguaje, herodes de las palabras, que no entienden latin, ni la concordancia de número, pues suelen estar reñidos con la gramática, porque, como buena hembra, es muy exigente, me han hecho las siguientes equivocaciones en el preámbulo de remision de la composicion que antecede. Prescindiendo de la ortografía, por que seria el cuento de nunca acabar, en la línea ocho de dicho preámbulo, donde dice, *ese ente invisible é impalpable que*, este *qué* está demás y debe sustituirle una coma; pero ahora va lo más sensible: en la salutación á ellas, me han hecho decir *Vale*, singular, debiendo ser *Valete*, plural. ¡ Ah! cruel cajista! Me has escamoteado dos letras. Te has sorbido el *te* de mi despedida! . . . Este cajista por fuerza es inglés ó chino.

José del Castillo y Jimenez.

El Caballero de industria.

Las sociedades tienen sus tipos como los hombres sus manías, las niñas sus locuras y las viejas sus afeites. Así como estas se trasforman, pulen y embadurnan segun su capricho y las exigencias de la moda, no de otra manera cambian aquellos de faz y aspecto segun los crisoles y alambiques porque pasan eso que los filósofos han dado en llamar *civilizaciones*. Y en tanto es esto verdad, que así como nos reiríamos del que buscara un peinado á la Pompadour, ó una peluca con polvos, así mismo tendríamos por loco, ó bienaventurado por lo menos al que buscara un fraile con alforjas, un bufon con cascabeles, ó un cómico con carátula.

Sucede con algunos tipos, lo que con las plantas y animales fósiles: ni unos ni otros existen pero el arte y la imaginacion los reconstruyen ya estudiando el esqueleto de éstos en los museos de historia

natural, ya contemplando el boceto de aquellos en las inmortales páginas de los *Marcos de Obregon*, *los Diablo Cojuelo* ó *los Lázarillo del Tormes*. No es paradoja lo sentado: quizá ni supieramos que estos tipos se alimentaron en el campo social, si en este, como en el de la naturaleza, no hubieramos tenido ingenios que nos los han clasificado, descrito y transmitido. Menandro y Aristófanes, Plauto y Juvenal, Quevedo y Moratin, son, por ejemplo, los Laccapedes y Linneos que en sus obras nos dan á conocer las raras y curiosas plantas que en sus tiempos vegetaban.

No es extraño, pues, que el escritor satírico sea de todos tiempos y paises: las enfermedades del cuerpo social, tienden, como las del hombre, á gangrenarse y natural es, de consiguiente, que junto á ellas veamos siempre el terrible y desapiadado escalpelo de los Larras y Molieres. Pero estos solo alcanzan á paliar el mal: no lo desarraigan, no lo espurgan, no lo curan. Para lograr su objeto seria preciso que modelasen al hombre y sus pasiones en la turquesa de su gran criterio, y esto, no á su pluma y á su talento, sino á nadie del mundo es accesible. La sociedad pues, así como ha soportado y soportará las sandeces de *D. Hermógenes*, los insultos de *Los calaveras*, y las usuras y miserias de *El Avaro*, de la misma manera aguanta y aguantará los chascos y pedanterias, embelecocos y *puffs* del *Caballero de industria*, flor y nata de las plagas sociales, quinta esencia de la picardia, y raza en fin, aunque con distinta máscara aparezca, de los Rinconetes y Cortadillos que nacen, crecen y pululan en el rimbombante siglo diez y nueve. Adelantadas estas reflexiones que han brotado á la ventura de nuestra peñola, primero: para indicar que á medida que varian las sociedades varian sus tipos, y segundo: que por malos que sean estos las sostienen mas ó menos tiempo aquellas, pasemos á justificar el epígrafe de nuestro artículo.

El Caballero de industria no tiene origen ni procedencia fija: puede haber nacido en un cortijo, como en una capital, en provincias, como en la corte. Cuando niño, háse distinguido por lo atrevido de sus acciones, lo sutil de sus embustes y el desparpajo de sus salidas. Si sus padres no le han sugetado á la ferula de un ayo, enviándole á una escuela, ha hecho en ella maravillas: mas de una vez ha trocado las antiparras del domine, por la corteza de dos medias naranjas, sus disciplinas por un manojo de enea, y su *Fleury* por un ladrillo, ó cosa parecida, con cubiertas de papel. En la Universidad, en el colegio militar ó en una profesion brillante, ha dirigido sus cofrades en todas las empresas siempre que tuvieron por fin jugar una treta al catedrático ó aguar los planes del principal. Si llega á abogado, de leyes sabe lo suficiente para mostrar negro lo blanco y blanco lo negro; si á militar, aunque no sabe la táctica, planta una estocada al mas diestro, y si á comerciante, sin embargo de que ignore la partida doble juega con singular destreza á la bolsa. . . . de los demas. Esto, aparte

de los conocimientos que mas adelante veremos. Pero no vaya á creerse que El Caballero de industria salga precisamente de las tres clases mencionadas: como su procedencia, no tiene clase profesion ni alcurnia fija: puedelo ser un médico sin enfermos, un autor con muchas silvas, un cómico sin contrata, un pretendiente con hambre, un bolsista sin crédito y hasta un descendiente de los Cides y Guzmanes siempre que á sus muchos *dones* no reuna muchos *dines*. Pero si en estos puntos disiente, no en aquel donde fija sus reales: este es siempre en las grandes ciudades. Empeñarse en que El Caballero de industria ha de vivir en una aldea seria lo mismo que obligar á una ballena á que se zambullera en la fuente de Cibeles. Grande, muy grande ha de ser el teatro donde ha de brillar su talento: como el hambre no es pocas veces su apuntador es necesario que haya muchos espectadores que le paguen su entrada y le presten, de este modo, el óbolo de su necesidad para que se mantenga en escena.

Bajo este concepto no es, nuestro Maiquez, un cualquiera como vulgarmente se dice: la literatura y la música, la equitacion y el baile, la pintura y los idiomas y todo, en fin, lo que en nuestra época constituye un hombre *comme il faut* lo reune y manosea, lo mezcla y lo confunde.

En cuanto á maneras finas, escogidas frases y elegancia en el vestido no hay para que hablar: en esto es un portento: así, no es maravilla que robe el corazón de una beldad jóven, las simpatias de otra que no lo es tanto, y el juicio de alguna que ya no es nada, ó sea dama de cincuenta, que relegados sus hechizos al panteon eterno del olvido, cante como el vate:

Los años ¡ay! de la ilusion pasaron,
Las dulces esperanzas que trageron
Con los blancos ensueños se llevaron
Y el porvenir de oscuridad vistieron.

Con prendas tales, ya se conocerá sin esfuerzo que nuestro tipo es el Cesar de los hombres, y el D. Juan de las mugeres. Aquellos le proporcionan lisonjas, oro y aplausos; estas hechizos, conquistas, amor.

Su vida participa de los azares del aventurero y de la molicie del sibarita: ora le veis en el inmundo garito fiando á la suerte un duro para ganar una onza, ora le admirais en espléndidos salones dirigiendo frases de amor y galanteria á aristocraticas bellezas. No importa que pierda el duro: al dia siguiente ha de cobrar una letra de veinte mil reales y un amigo, en calidad de anticipo, le prestara una *vagatela* para distraerse en el tresillo del general A. ó de la marquesita B. Si el amigo es ducho y se hace el sueco, no por esto se asusta: acude á otro, finge un apuro, pídele el reloj, y yendo á casa de un usurero, muy conocido suyo, pronto tiene con que sostener, en el juego y entre las damas, su reputacion de espléndido y atrevido. Podrá

suceder muy bien que al dia siguiente se halle sin un real; pero esto no será un obstáculo á que por la noche le vean en el café y en el teatro. Está claro: ¿y por qué no? En el café no tenia *suelto* ó en el momento de levantarse ha asestado los quevedos á una bella dando lugar á que el otro pagara su napoleon al mozo; y en el teatro ha dado con cualquiera en la calle y haciéndole ver la gran intimidad que entre él y la *prima donna* mediaba, háse empeñado en presentarle en su mismísimo retrete. El infeliz paga y así ve á la artista como yo al Gran Turco. Esto es lógico: no á una prima sino á un *primo* era á quien deseaba el otro.

Una vez logrado su objeto hase escurrido de su lado con destreza y antes de repararlo aquel, ya se hallaba en el palco de una amiga, ó en el sillón de un abonado que no asistirá aquella noche á la funcion, y si ni en uno ni en otro, en un hueco del paraíso, que no por estar cual paloma de Santa Trinidad, en las alturas, se privará de oír las inspiradas notas de Meyerbeer ó Rossini.

En el Prado ó en la Castellana rara vez le encontraran á pie. Y como ha de pasear de tan vulgar manera? Cuanto mejor es visitar á D^a Fulana antes que salga en su coche, ó pedir el potro á D. Zutano.

Esto en cuanto á diversiones. Por lo que toca á su habitacion dice que la tiene propia, pero en esto se asemeja á Dios: vive en todas partes. Hoy en la calle de Preciados mañana en la de Peligros y al dia siguiente en la del Desengaño. Parece á una locomotora: solo que el agente de esta es el vapor y el suyo los acreedores.

Convenido de que la buena fortuna en este mundo no pocas veces pende del oropel con que el hombre se reviste, aparenta relaciones con todo lo que hay de mas notable en la corte. Dáse importancia de banquero, se hombra con algun diputado y no pocas veces le proporciona esto una reputacion de hombre influyente y distinguido que explotado diestramente en su provecho, le proporciona una vida cómoda y holgada. Por lo demas, como todo en el mundo tiene su fin y término, llega un dia en que esta tiene tambien su término y fin. Empieza á decaer su fama y entonces le sucede lo que el cómico que tras una época de aplausos le alcanza otra de silvas: cierranse los salones, rehúyenle sus amigos, espulsánle las patronas de huéspedes; acósanle los prestamistas, y hasta, si para resucitar su gloria, se entra alguna vez al café cuelgánselo los mozos á su oreja para recordarle ciertas cuentas que si el no niega, no pagará jamás. Abrumado por la desgracia resuelve dejar la corte y ensayar en otro punto sus raras y portentosas habilidades. Pero si menos resuelto y su gran cariño á esta no le permiten variar de escena, entonces lectores míos ya no le vereis en magníficos salones. Decorados cafes y espléndidos teatros, sino que roto y desdeñado, con rostro cadaverico y tono plañidero os tenderá su mano en las gradas de una Iglesia en el pórtico de un palacio ó en la ver-

ja del Retiro.—*El Licenciado Cabra*.—José Comas y Galibern.

Tenemos una particular satisfacción en dar cabida en las columnas de nuestro semanario, al siguiente bellísimo SONETO debido á la pluma de nuestro antiguo amigo y condiscipulo D. Eduardo de Inza el cual, apesar de sus muchas ocupaciones ha querido, accediendo á nuestra invitacion y deseos, darnos una prueba de amistad ofreciéndonos su colaboracion.

En dicha composicion se entrega el Sr. de Inza á las inspiraciones del amor, de esa pasion que constituye el verdadero lirismo de todos los poetas, y que es la piedra de toque del sentimiento, tanto en si misma, como en sus afecciones y modificaciones.

A.

¿Para que he decir que por tí escribo
si sabes que eres tú mi pensamiento:
que solo con mirar tus ojos vivo
y que el aire que aspiro es de tu aliento?

¿Ni que podrá decirte el que cautivo
está de sus prisiones tan contento,
que al mundano placer se muestra esquivo
y goza solo al escuchar tu acento?

Tú el ángel eres, que la fé perdida
volvió á mi corazon: tú la que espero,
la que sueña mi amor prenda querida,
pues para amarte la ecsistencia quiero;
que eres el pensamiento de mi vida
y por tí hé de morir y por tí muero.

Tarragona—Noviembre—1857.

De una antigua obra de heráldica, titulada *La Adarga Catalana*, publicada hace mas de un siglo por D. Francisco Javier de Garma y Duran, Secretario de S. M. y Archivero general de la Corona de Aragon, extractamos, como una noticia curiosa, los apellidos de las familias nobles de la provincia de Gerona, con expresion de los pueblos á que pertenecen.

De Gerona: Anglasell, Bas, Batllé, Bergé, Bofill, Bordils, Campmany, Camps, Caramany, Ciurana, Colomer, Comelles, Comes, Conesa, Cruilles, Despasei, Domenech, Granada, Juyá,

Lloret, Malars, Marcó, Magarit, Melany, Millars, Morgadell, Mosset, Nadal, Olmera, Palol, Perpinyá, Prats, Rafel, Rovira, Salas, Sant Martí, Sarray, Sinispleda, Sarrallonga, Suñer, Tornamira, Trulles, Vallgornera, Vich, Vilamarí, Vilaplana, Vilaritg, Vilarragut, Xammar, Zacoronuna, Zarrera.

De Olot: Collfer, Trinchería, Vallgornera.

De Puigcerdá: Amblard, Baturell, Mir, Rubí, Salmurri, Solva, Serrá, Travi, Viuyola, Morer.

De La Bisbal: Gros, Perpinyá, Pujol.

De Figueras: Cerart, Carbonell, Mas, Matas, Milsocós, Prats, Roca, Gorgot, Jelpí.

De Besalú: Corts, Güell, Zafort.

De Bañolas: Avinyó, Basedas, Dusay, Oliveras,

De Ampurias: Brisalt, Valmaña, Vilanera, Franquet.

De Camprodon: Baset, Desbach, Francolí, Moner, Ribas.

De Ripoll: Descallar Durán.

De Llagostera: Albertí.

De Darnius: Aldana.

De Cerviá: Bastons.

De Ullastret: Bou.

De Monfullá: Pol.

De Calonge: Ricart.

De Ampurdá: Carrera, Corvera.

De Ullá: Mach.

De Rivas: Pastors.

De Púbol: Campllonch.

De Cadaqués: Escofet.

De Amer: Desvern, Saula.

De Serriá: Casadevall.

De Osor: Desrech.

De Cerviá: Casademont.

De Bordils: San Dionís.

De Vilademat: Eres.

De San Juan las Abadesas: Ferrer.

De San Pedro Pescador: Verdiez.

De Bagá: Vilanova.

De Foxá: Vinyals.

De Vilamala: Fontcuberta.

De Cantallops: Ferrán.

De Jafra: Cattá.

Crónica teatral.

Varias son las producciones que se han puesto en escena en nuestro teatro, desde que escribimos la última revista. Los pequeños límites á que tenemos que redu-

cirnos nos impiden dar cuenta detallada de ellas, por días y funciones. Omitiremos el hacer mención de las que durante la semana que espira, han sido repetidas ó bien vistas y juzgadas ya del público Gerundense.

El Anillo del rey debido á la pluma de Don Antonio Hurtado fué una de las producciones que puso en escena la compañía el miércoles de la semana anterior, y el lindísimo proverbio en un acto titulado *Huyendo del peligro*....

La primera fué habilmente interpretada por todos los que en ella tomaron parte. Solo notamos alguna falta de analogía en los trages de la Señora Martínez y de la Señorita Samaniego haciendo en esto justicia á la primera pues el suyo era mas adecuado á la época. No decimos mas por temor de.... disgustar á dicha Señorita, la cual debemos hacer la justicia de consignar, no está tan distraída en escena, aprovechando al parecer nuestros oportunos consejos.

El proverbio *Huyendo del peligro*.... es un juguete de buen efecto y agradó bastante al público, repitiéndose la siguiente noche.

El Martes 8 se pusieron en escena la bonita comedia en un acto titulada *Como marido y como amante*, la divertida pieza en un acto tambien *El Tigre de bengala*, y la comedia de costumbres andaluzas *La cigarrera de Cadiz*, en la que tanto se distingue el Señor Ortega, y en la cual la Señora Martínez, sorprendió agradablemente al público bailando al final, el jaleo andaluz *La madrileña*, siendo justamente aplaudida.

Uno de los deberes que nos impusimos al encargarnos de las revistas teatrales, fué la imparcialidad. Fieles á nuestro compromiso debemos hacer presente que la Señora Martínez comprendiendo al fin, hasta donde llegan sus facultades, trabajó en las tres citadas piezas con bastante desenvoltura y acierto, haciendo ver al público sus buenas cualidades para graciosa, siendola muchísimo mas propio hacer reír que llorar.

Bien el Señor Ortega, Balestroni y Sarmiento. La Señora Rodríguez que se presenta al público sin aspiraciones de artista, pues nunca ha trabajado, hace cuanto puede que es hacer bastante.

El Jueves último se estrenó la comedia en tres actos y en verso original de Don Miguel Pastorflorido, titulada *Mi suegro y mi mujer*. Su versificación es facil y armoniosa, algo escasillo de interes su argumento pero en conjunto es una bonita producción.

Distinguieronse en su egecucion los Señores Lugar y Ortega. El primero no nos gustó como otras veces porque se nos figura está mejor en los papeles de barba; esto no es un defecto, ni desvirtua en lo mas mínimo su bien sentada reputacion artística.

Marcela ó ¿ á cual de los tres? comedia en tres actos y en verso, es de aquellas producciones que nunca se desterrará por vieja de la escena, y de las que mas gloria darán al distinguido literato

D. Manuel Breton de los Herreros. Harto conocida es ya del público para que nos ocupemos en citar sus muchas bellezas.

Respecto á la ejecucion debemos hacer justicia á los señores Lugar, Ortega, y Balestroni, los cuales desempeñaron sus respectivos papeles, con bastante acierto.

Bien el Sr. Sarmiento en su corto papel de tío de Marcela.

La protagonista no del todo mal.

Hallándose de paso para la corte algunos individuos de la acreditada compañía coréografica-aero-pirotecnica, de los señores Serrate, y á fin de amenizar la funcion del sábado, efectuaron varios ejercicios gimnásticos en el intermedio de la comedia á la pieza. Acostumbrados á ver pomposos anuncios, de esta clase de espectáculos, que suelen ser otros tantos partos de los montes, no dimos gran importancia al que nos ocupa, pero fué grande nuestra sorpresa al ver efectuar, todos los mas arriesgados y difíciles egercicios en el trapecio, por el niño Antonio, de edad de 5 años y al que no le falta la intrepidez y maestria de un hombre de 25.

Fueron estrepitosamente aplaudidos dicho Sr. Serrate y el niño, viéndose obligado este último á salir varias veces al palco escénico á recibir los plácemes del entusiasmado público.

A pesar de ser una cosa admirable el citado niño Antonio, por su precision y arrojo, no por eso dejo de arrancar algun ¡ay! pues hace cosas que tienen al espectador como se dice vulgarmente con el alma en un hilo.

Hoy domingo anuncian una funcion mas completa, daremos de ella cuenta á nuestros lectores en el próximo número.

Nos aseguran está en ajuste el empresario señor Artau con la acreditada actriz señora Tenorio de la que tenemos las mas ventajosas noticias; sentiriamos que su venida no se realizase, pues estamos mal sin primera dama y no será fácil en la actualidad encontrar otra de las cualidades de dicha señora.

(Por todo lo sin firma),

Felipe Zappino.

Director D. FRANCISCO P. VARELA.

Editor responsable D. Manuel Galvez.

Gerona: Imprenta de Dorca sucesor de Grases, plaza de la Constitucion núm. 12.—1857.